

Interrogaciones

2000 - Psicocandis de las Configuraciones vinculars,
XXIII, 2, 109 - 157

En agosto de 1999, durante la última visita del Dr. Kaës a Buenos Aires, se realizaron en la AAPPG tres encuentros: dos conferencias, ya publicadas en números anteriores de la Revista, y éste cuyo texto ahora ofrecemos, que se llamó "Charlando con René Kaës", y que estuvo organizado en la forma de preguntas libremente formuladas, en particular por miembros de la institución. Las preguntas fueron entregadas todas juntas por escrito al comienzo de la reunión, por lo que, en algunos casos, resultaron agrupadas por su afinidad temática y respondidas en conjunto.

Pregunta 1

A partir de 1988, Janine Puget e Isidoro Berenstein propusieron un modelo del aparato psíquico donde se organizan zonas distinguibles, que llamaron espacios psíquicos, metáfora de un tipo de representación mental y de los vínculos que el Yo¹ establece con su propio cuerpo, con cada uno, con varios otros y con el mundo circundante. La idea de espacio sugiere ciertos límites, un cierto tipo de organización y zonas intersticiales, en las que no sería posible descubrir espacios diferentes. Otra metáfora sería la que nos hace pensar en un sujeto que vive y tiene raíces simultáneamente en varios mundos, cada uno de los cuales aparece sucesivamente en escena dependiendo del estímulo recibido tanto desde el interior de su mente como desde el afuera.

Uno de estos mundos, es el mundo interno, donde se encuentra el sujeto con esas representaciones, esas imágenes, esos sueños, esas fantasías. Allí se alojan las representaciones de su cuerpo, como su propio funcionamiento mental.

Otro de esos mundos, es el mundo interpersonal, donde el Yo se encuentra con otros, en una cierta relación de intimidad privilegiada. Con esos otros intercambia amor, ternura, agresión, odio. En ese mundo las relaciones tienen la característica de que la realidad de algunos intercambios instala marcas específicas, tal como las relaciones sexuales, económicas o de lenguaje. En dichos intercambios, construye su identidad sexual y se inserta en un árbol genealógico. Los modelos interpersonales más habituales serán los de pareja y familia, que se extienden a los grupos de amistad, donde también se crean estados emocionales de tipo primario. Este mundo, es el que está en el origen de lo que llamamos el sujeto del vínculo.

¹ Dada la dificultad que presenta la traducción distintiva de *Je y moi* al castellano, usaremos las mayúsculas habituales para la instancia *moi* (yo). [N. de la T.]

Otro mundo, es el mundo circundante o sociocultural, donde se establecen relaciones con uno o varios conjuntos representantes de la sociedad: valores, creencias, ideologías, principios morales, historia.

Dudamos entre dos posibilidades metapsicológicas y técnicas.

Una, la que afirma que los tres espacios son recorridos de la misma manera y que la significación tiene una sola fuente: el mundo infantil primitivo. Desde allí se despliega y sólo por medio de sucesivas transformaciones ocupa su lugar en los otros espacios. En esta formulación, cada espacio es la prolongación de tres modalidades de representación cuyo punto de partida es único el mundo interno.

La otra sostiene que los espacios son independientes, tienen su propio origen y su propia lógica. Entonces sus significantes y sus organizadores tienen especificidad, y la significación reconoce un origen independiente y propio de cada uno de los espacios. Quisiéramos conocer su punto de vista a propósito de este tema, desde su modelo conceptual.

René Kaës

Quiero agradecerles colectivamente, y a Marcos Bernard como portavoz, haber propuesto debatir sobre diferentes abordajes, porque hasta ahora más bien teníamos una relación donde ustedes me preguntaban sobre lo que pienso y esta vez me consultan sobre lo que pienso de los que ustedes piensan. Creo que de este modo avanzamos, porque no somos tantos los que utilizamos un modelo de tres espacios. Por ejemplo, Foulkes no lo utiliza y Bion tampoco. Creo que es propio de nuestra generación haber distinguido esos tres espacios, siendo naturalmente el tercero el que plantea más preguntas desde el punto de vista de la teorización psicoanalítica.

Por lo tanto, estoy de acuerdo con un modelo de tres espacios psíquicos y creo que una primera diferencia, me parece, surge no sólo en la forma de definir esos tres espacios sino en su articulación. En lo que me concierne, traté de articular esos tres espacios en un modelo cuya primera formulación fue, al comienzo de los años setenta, lo que llamé el *aparato psíquico grupal*. Distinguía un espacio intrapsíquico interno (principalmente los grupos internos), un espacio intersubjetivo sobre el que se funda la intersubjetividad (su paradigma es el grupo) y un espacio transpsíquico (que limité, es verdad, al área sociocultural), sobre el que se funda la transubjetividad. En este espacio incluiré sin dificultad una parte de lo que Janine Puget e Isidoro Berenstein llamaron en su teorización *contexto sociocultural*. Estoy de acuerdo con Janine Puget e Isidoro Berenstein sobre la proposición de que cada uno de esos espacios tiene sus propias leyes organizadoras.

Agregaré: sus propias leyes de transformación. En efecto, los procesos de transformación del vínculo intersubjetivo no son, por hipótesis, idénticas al proceso de transformación intrapsíquica. Creo que es una hipótesis para no perder de vista, aun cuando existen procesos comunes a esos diferentes espacios. Tomemos el ejemplo de los mecanismos de defensa: la producción de los mecanismos de defensa en el espacio intersubjetivo apunta a formaciones que corresponden a ese nivel propio de la organización psíquica, por ejemplo, las alianzas inconcientes, los pactos denegativos. E. Jaques había señalado, sin describirlas, lo que llamó *metadefensas*. Estas tienen una lógica y una función propia, que es asegurar defensas comunes a los sujetos, en tanto son sujetos de un vínculo (de grupo, de pareja, de familia o de institución). Por supuesto, las metadefensas, como los pactos denegativos, cumplen también funciones en el campo intrapsíquico. Son esencialmente este nivel y esta problemática los que retuvieron mi atención, y conduje mis investigaciones en un marco metodológico que me he esforzado en explicitar para posibilitar la discusión de mis proposiciones. Esto es, en pocas palabras, lo esencial de mi modelo. A partir de esas proposiciones,

ustedes me invitan a cuestionar el modelo propuesto por J. Puget e I. Berenstein. Primero tendría preguntas para formular: me pregunto si, en su proposición de los tres espacios, J. Puget e I. Berenstein enuncian leyes de organización propias de esos espacios y si proponen principios de transformación de esos espacios.

Acuerdo con Janine Puget e Isidoro Berenstein, y otros, cuando se sostiene que estos tres espacios están en relación recíproca según diversas modalidades. El problema es describirlos y articularlos. Por ejemplo, una de mis hipótesis respecto de estas articulaciones es la siguiente: un espacio está en condiciones de tratar por desplazamiento los problemas que no son resueltos en otro espacio. Es gracias a ese proceso de desplazamiento que puede operarse una transformación. Esto quiere decir que, para mí, el paradigma metodológico del grupo adquiere su valor por hacer posible el desplazamiento hacia el espacio intersubjetivo de lo que permanece no elaborado en el espacio intrapsíquico. En consecuencia, me parece importante la cuestión de definir las articulaciones entre esos espacios conservando al mismo tiempo sus principios y sus distinciones. Voy a continuar hablando de mi modelo, puesto que me invitan a hacerlo, preguntándome a la vez si tenemos divergencias o no a este respecto con J. Puget e I. Berenstein. Cuando propuse tomar en consideración un polo isomórfico y un polo homomórfico en el aparato psíquico grupal, distinguí un caso particular donde los espacios están confundidos (en ese polo isomórfico prevalece la ilusión grupal, coinciden las identidades narcisistas, las lógicas de la metonimia y de la sinécdoque). En el otro caso particular, el del polo homomórfico, prevalece la lógica de la metáfora y de la simbolización, ésta articula el espacio intersubjetivo y el espacio intrapsíquico en relaciones de diferencia: en ese caso no se toma al grupo como una persona y el sujeto no es idéntico al conjunto del grupo. He intentado despejar las implicaciones psicopatológicas de esta confusión de los espacios. Pienso que éste es un interés del modelo del aparato psíquico grupal.

Ciertamente un modelo debe permitir comprender las líneas de fuerza de una cuestión compleja y debe poder evolucionar. He utilizado este modelo como un paradigma teórico y metodológico para un abordaje de los sistemas de vínculos: el grupo es la ocasión más compleja para eso, porque es posible trabajar sobre dimensiones bastante puras de los tres espacios implicados por el vínculo. Ustedes hablan de *configuración vincular*. Con unos pocos matices, se trata prácticamente de lo mismo que *sistemas de vínculos*.

En Francia, el modelo del aparato psíquico grupal ha suscitado investigaciones que extendieron su validez a propósito de los vínculos familiares (el aparato psíquico familiar), de la institución (el aparato psíquico institucional), del equipo de trabajo, de la pareja, del grupo fraterno. Pero no se trata de aplicar sin matices un modelo, además es preciso, como ustedes lo hacen, preguntarse en qué el proceso del vínculo es diferente en el grupo, en la familia, en la pareja, en la institución. En el fondo, todo modelo transversal, a causa de su función unificadora, reclama un abordaje diferencial.

Para ser más preciso, quisiera evocar lo que comencé por poner a trabajar al situar este recorrido en el contexto cultural e ideológico francés. Una de las primeras formulaciones de mi trabajo fue el proyecto de descubrir los efectos del inconciente en esos tres espacios, pero más precisamente sobre los puntos donde se anudan esos tres espacios. Mi pregunta se dirigió en primer lugar a la cuestión del inconciente y a la detección de sus efectos en el discurso y en las transferencias. Casi no era posible abordar la cuestión de otro modo en Francia en los años sesenta, por ejemplo en términos sólo de identificación y de estructura del yo, principalmente porque entendimos la crítica de Lacan; esta influencia se trasluce en mi abordaje estructural (moderado por la problemática de las transformaciones) de los organizadores psíquicos del vínculo y de los grupos internos. Se trasluce también en nociones como sujeto del inconciente, y más tarde *sujeto del grupo*. Por correspon-

der el concepto de sujeto del grupo en la teorización a un punto de anudamiento de los efectos del inconciente, intento poner de manifiesto las articulaciones entre el sujeto del inconciente y su posición en la intersubjetividad.

Para ir un poco más precisamente en esta dirección, quisiera evocar con qué conceptos trabajé, de modo que pudiéramos confrontar cuáles son los conceptos pertinentes, eficaces, que funcionan en los tres espacios definidos por Isidoro Berenstein y Janine Puget. En cuanto al espacio intrapsíquico, he centrado mi análisis esencialmente en torno de dos conceptos: el concepto de grupalidad psíquica y el concepto de sujeto del grupo. Estos dos conceptos no pueden comprenderse sin tomar en cuenta la forma como son producidos y como ejercen un efecto sobre el segundo nivel, el de lo intersíquico o de lo intersubjetivo. En este espacio, lo que me ha interesado, es describir y conceptualizar lo que lo sostiene, y al mismo tiempo lo que le da su consistencia: son las alianzas inconcientes, las funciones fóricas, el régimen de las identificaciones mutuas, cruzadas, las estructuras de emplazamiento de las posiciones inconcientes de los sujetos en el vínculo, por lo tanto los organizadores psíquicos y las estructuras escénicas que contienen, y cuyo paradigma es la fantasía. En lo esencial, he intentado trabajar sobre los emplazamientos subjetivos prescritos por esos organizadores inconcientes.

Pienso que todas estas formaciones tienen un valor estructurante, apuntalador para constituir el primer espacio. Para mí eso es muy importante. Pienso que podemos tener diferentes puntos de acuerdo, con algunos matices. Se podría decir que al comienzo era el grupo. Ése es un postulado, porque no se sabe qué hay «al comienzo», pero de todas formas todos tenemos una representación de lo que es «al comienzo». En lo que concierne al nivel intersíquico e intersubjetivo, progresivamente he dado definiciones.

Cuando trabajé con los conceptos de Piera Aulagnier, pensé que su forma de concebir «el espacio donde el yo

puede advenir» describía notablemente esta articulación entre el espacio intersíquico y el espacio intrapsíquico, con la condición de que en el espacio intrapsíquico se introduzca la noción de Yo. En la primera fase de mis investigaciones, trabajé como un psicoanalista que construye una metapsicología, y que intenta comprender cómo se organizan los procesos, las funciones, las estructuras en el espacio intersíquico, y que olvida que esas estructuras, y esas funciones siempre están organizadas en una subjetividad y en vínculos intersubjetivos, es decir en espacios que interpretan la realidad psíquica.

Pregunta 2

¿Considera usted que los conceptos de «vínculo» y de «intersubjetividad» son sinónimos? En caso de que su respuesta fuese negativa, ¿cuál sería la diferencia? Le planteo esta pregunta a partir de la lectura de *El grupo y el sujeto del grupo*, donde encuentro que el concepto de «vínculo» casi no está mencionado.

René Kaës

En *El grupo y el sujeto del grupo*, puse el acento sobre la problemática de la intersubjetividad, sobre el sujeto del grupo como sujeto del inconciente y mucho menos sobre el concepto de vínculo. Preciado esto, estoy absolutamente de acuerdo con usted en cuanto a que no hay sinonimia entre intersubjetividad y vínculo. La condición para que se produzca la intersubjetividad y la transubjetividad (es decir, la subjetividad que se constituye y se transmite a través de los sujetos), es que existan y persistan vínculos, que estén organizados y cargados de realidad psíquica. La problemática del vínculo es más amplia que la de la intersubjetividad e incluye otras dimensiones que la de la subjetividad, por ejemplo, la de las comunicaciones y de las regulaciones. Mis investigaciones sobre la intersubjetividad y sobre el sujeto del grupo me hicieron percibir que, de he-

cho, había trabajado también en una teoría del vínculo, concepto que utilizo cada vez más a menudo de una manera descriptiva para referirme a las diferentes formas concretas en que se manifiesta la intersubjetividad: familia, grupo, pareja, instituciones... Pero también las modalidades y los tipos de vínculo (vínculo de amor o de odio, simbiótico o edípico, etc...)

Para responder más precisamente a su pregunta, me parece útil introducir una distinción entre, por un lado, un abordaje del vínculo centrado en sus efectos en la formación y el funcionamiento del sujeto del inconciente, y por otro lado, un abordaje centrado en el vínculo como lugar de una realidad psíquica específica. Evidentemente, es este segundo aspecto el que presenta problemas, suscita obstáculos y reclama proposiciones. Pero esos dos abordajes deben articularse: en realidad, el primero no puede proseguirse sin ayuda del segundo.

Pero, ¿a qué llamaremos vínculo? El vínculo es lo que anuda, une u obstaculiza, en todo caso hace mantener juntos a los sujetos de un vínculo. El vínculo une a sujetos distintos, separados, heterogéneos. La paradoja es hablar del vínculo como lo que los une, mientras que el vínculo supone un trasfondo de una separación, o de una herida que hace falta suturar. Podría decir que entiendo por vínculo procesos, estructuras, resultados que surgen de la asociación de los espacios psíquicos según diferentes modalidades. Y que para nosotros, psicoanalistas, deben articularse a los procesos, a las estructuras y a las formaciones de la ligazón intrapsíquica.

Pregunta 3

(Aquí, dos preguntas que el Dr. Kaës reunió por su afinidad temática, y que se refieren a proposiciones presentadas en la conferencia que tuvo lugar un día antes del presente encuentro y que el lector encontrará publicada en el número anterior de la Revista).

a) ¿Podría ampliar las características de la *tercera tóptica*? Si entendí bien, se trata de heterogeneidad, de ectopía y de heterotopía.

b) En referencia al concepto de heterogeneidad del inconciente, ¿podríamos pensar al cuerpo biológico como un topos del inconciente individual y del vínculo, particularmente en lo que respecta a las enfermedades orgánicas?

René Kaës

Agrupé estas dos preguntas y agregaría una tercera que mencionaré llegado el momento, porque todas están organizadas en torno de la noción de tercera tóptica. Pero estas preguntas plantean otra cuestión: ¿por qué una tercera tóptica? Para responder más precisamente a las preguntas que me plantearon, tengo que explicitar esto.

Una tercera tóptica es necesaria por varias razones: por razones clínicas, porque debemos tomar en consideración nuevas formas del sufrimiento psíquico y de su patología, la que precisamente afecta los límites internos y externos del aparato psíquico, los vínculos precoces, los fundamentos del narcisismo, los trastornos de lo originario, traumatismos sobrevenidos en el vínculo con el otro, "con más de un otro, con conjuntos organizados, institucionalizados, etc. Todos esos sufrimientos y esas patologías hicieron necesaria la invención de dispositivos de tratamiento nuevos en el psicoanálisis. Esta clínica y esos dispositivos reclaman nuevas teorizaciones, que no pueden hallarse en las teorías construidas a partir de la experiencia única de la cura. Una tercera tóptica es necesaria por razones teóricas, porque la segunda tóptica, que no obstante nos abrió la vía a esas nuevas prácticas, es insuficiente para dar cuenta de las formaciones y de los procesos psíquicos que descubrimos a partir de nuestras nuevas prácticas plurisubjetivas. Aunque podemos validar muchas de sus hipótesis especulativas, resulta insuficiente para dar cuenta de la consistencia psíquica del vínculo y de la intersubjetividad y del sujeto del inconciente como sujeto de la intersubjetividad. Finalmen-

te, una tercera tópica es necesaria porque los datos freudianos que nos interesan en las dos tópicas son en parte enunciados especulativos, seguramente cargados de potentes cualidades heurísticas, pero que están sometidos a la prueba única de la experiencia de la cura individual. Ahora bien, como decía, tenemos herramientas metodológicas para ponerlos a prueba en dispositivos psicoanalíticos donde podemos controlar una cierta cantidad de variables.

No sólo la segunda tópica es insuficiente, sino que además es preciso reevaluar la primera. Es lo que intenté hacer ayer a propósito de los conceptos de pulsión y de la tópica del inconciente y es lo que intento hacer a propósito de la teoría del síntoma y del sueño. Por lo tanto, tenemos que extraer todas las consecuencias de nuestras prácticas psicoanalíticas para construir una teoría que proponga un modelo de inteligibilidad general del inconciente y de sus efectos de subjetividad. Necesitamos conceptos para construir esta tercera tópica.

¿El concepto de configuración vincular es suficiente? Es útil y lo adopto llanamente en la medida en que pone en evidencia y permite describir configuraciones vinculares, pero quizá es demasiado amplio y resultará insuficiente si no describe funcionamientos, procesos, efectos propios de las configuraciones vinculares. Tendremos pues que articularlas con sus raíces y sus efectos en el espacio intrapsíquico.

En lo que me concierne, fundo esta tercera tópica en una cierta cantidad de modelos, los que enuncié recién: el modelo del aparato psíquico grupal me proporcionó un paradigma de esto para dar cuenta de los procesos de formación de la realidad psíquica en los vínculos y en el espacio común y compartido del grupo. Describí su estructura a partir de la teoría de los organizadores, los procesos y principalmente las alianzas inconcientes, las funciones fóricas y los procesos asociativos como puntos de anudamiento entre los espacios intrapsíquicos y los espacios del vínculo, las modalidades particulares de las transferencias,

el trabajo psíquico de la intersubjetividad y de las conjunciones de subjetividad.

Debemos saber que la construcción de una tercera tópica pasa por o desemboca en una reevaluación de los conceptos fundamentales del psicoanálisis. Por lo tanto, tenemos que preguntarnos cuáles son los conceptos fundamentales del psicoanálisis y decidir si los conceptos que proponemos son o no compatibles con sus enunciados radicales, *sine qua non*, habida cuenta de que el inconciente no es de una vez y para siempre accesible por sus efectos en la situación de la cura. Una tercera tópica implica por lo tanto que pensemos en una teoría general del psicoanálisis, cuestión que no se planteaba mientras la cura «individual» era la práctica exclusiva del psicoanálisis. En cuanto a mí, la cura sigue siendo la práctica preeminente, referencial del psicoanálisis, y pienso que, para los analistas que tienen una práctica en las configuraciones vinculares, es un pasaje necesario.

Esto en cuanto al nivel de la conceptualización teórica; pero hay además todo un campo de trabajo que atañe a la metodología y a la técnica, a la teoría de la metodología y a la teoría de la técnica. Por ejemplo, el concepto de encuadre: ¿funciona de la misma manera y produce los mismos efectos en el campo de la cura y en el campo del análisis de grupo, o de la terapia psicoanalítica de las familias, o en las instituciones? En las prácticas con las familias, ¿cómo pensar la especificidad del dispositivo en el que el analista es un extraño en un grupo real? ¿Cómo pensar el campo institucional, donde el encuadre funciona en interferencias con encuadres cuya función se sitúa en niveles lógicos diferentes: la autoridad política, el poder administrativo y médico, el de los servicios, de los grupos, de los asistentes, etc.? Uno de los términos de esta reevaluación corresponde a la problemática de las transferencias y de la interpretación: ¿funcionan según las mismas modalidades en la cura, en la familia y en el grupo? Sabemos que no. También debemos explicitar los modos de trabajo psíquico específicos del analista en estos diferentes dispositivos «fuera de

la cura». Existen muchas otras cuestiones que derivan de esto, como las que conciernen a la formación de los analistas: en función de esos conceptos, de esas prácticas, de esas técnicas, ¿qué cambia en la conducción de la cura y en su espacio psicoanalítico a partir de lo que sabemos de las alianzas inconcientes? Finalmente ¿qué podemos decir hoy en cuanto a nuestra comprensión del funcionamiento de la institución psicoanalítica? Estas son, evocadas sumariamente, algunas perspectivas para introducir esta tercera tópica.

Vuelvo ahora sobre lo que dije acerca de la heterogeneidad del inconciente, de la heterotopía y de la ectopía. Hablo primero de la heterogeneidad del inconciente. Con esto indico que en el inconciente existen procesos y formaciones que corresponden a diferentes niveles de formación. La heterogeneidad depende de las formaciones que resultan de procesos o de mecanismos de defensa diferentes, lo que se produce por la represión no tiene el mismo estatuto ni los mismos efectos que lo que se produce por la desmentida, la forclusión, la renegación. Evidentemente, todas esas formaciones y esos procesos pertenecen al sujeto del inconciente. Pero hay también una parte que pertenece al vínculo interindividual y a los vínculos transindividuales, parte que el sujeto alberga, de la cual hereda y que transmite. Si admitimos esta heterogeneidad de esas producciones del inconciente, a continuación podemos preguntarnos si esos diferentes contenidos se superponen en el mismo espacio psíquico, en una sola tópica del inconciente. Llamo heterotopía a la hipótesis según la cual el inconciente puede encontrarse localizado en diferentes lugares psíquicos en el cuerpo biológico y por lo tanto en el espacio psíquico interno, pero también en el espacio psíquico de otro, de más de un otro, y en sus vínculos comunes y compartidos. Pienso en los trabajos de N. Abraham y M. Torok sobre la cripta y el fantasma, en algunas proposiciones de S. Resnik en sus estudios sobre la psicosis, en la noción de depósito en J. Bleger, en lo que dice Lacan en el discurso de Roma cuando sostiene esa idea de que en la cultura y en el lenguaje existe lo que llama la parte transubjetiva del inconciente, lo que falta al sujeto. Por su parte, el concepto de

pacto denegativo también expresa esta noción de una heterotopía del inconciente.

La ectopía es un caso particular de la heterotopía. Designo por ectopía lo que no tiene lugar en uno mismo, lo que esta fuera de sí, y que puede tomar el estatuto del depósito o de una cripta. Las desmentidas y las forclusiones selladas entre generaciones, y que pasan a través de las generaciones (lo transgeneracional) contribuyen a la producción ectópica del inconciente.

Estas perspectivas introducen, no como dije alguna vez, a una cuarta revolución copernicana, sino a una concepción de la vida psíquica que seguiría más los enunciados de la revolución kepleriana. Freud consideraba que el psicoanálisis había realizado la tercera revolución copernicana al plantear al inconciente como el centro de la psique en lugar del yo conciente. Pero se trata siempre de una teoría del centro. Ahora bien, suponiendo que una parte del inconciente se encontrara en otros lugares psíquicos, en lo intersíquico y en lo transpsíquico, fuera del sujeto y sin embargo en él, se introduce la representación, cercana a la estética barroca, de una pluralidad de centros, de una politopía. El modelo de referencia no es pues Copérnico, que buscaba en el Sol un centro único del Universo, sino Kepler, que sostenía la idea de una pluralidad de centros en el cosmos. También se podría apelar a los modelos de la intertextualidad, o a la lingüística bakhtiniana, para dar cuenta de esta comprensión de la psique a partir de las prácticas de las configuraciones vinculares: hay otros textos detrás en los que el autor ha puesto una parte del sentido del texto que construye y cuyo manuscrito puede haber perdido.

Amplieemos nuestra proposición: lo que vale para la problemática del inconciente vale también, desde mi punto de vista, para todas las otras formaciones de la realidad psíquica, para todo lo que tiene una estructura de formación de compromiso, por lo tanto para el síntoma y para el sueño. Entonces, esto quiere decir que la teoría del sueño.

la producción misma del sueño podría ser interrogada desde el punto de vista en que la fabricación del sueño según Freud tiene un lugar intrapsíquico y también lugares extrasubjetivos. Lo que vuelvo a encontrar en esta idea de heterogeneidad, heterotopía y ectopía es la noción de desplazamiento, desplazamientos intertópicos, es decir de desplazamientos entre los espacios. Cómo un espacio, es decir, un conjunto de sujetos, tramita para otro lo que él mismo no puede tratar, elaborar o, por el contrario, cómo un sujeto es el que trabaja para los otros. Es por eso que hay que pagarles bastante caro a los analistas: ¡es todo un grupo el que trabaja en él para una sola persona! Lo que vale para el inconciente y lo que vale para las formaciones de la realidad psíquica que tienen la estructura de una formación de compromiso, vale también para los sistemas y las instancias. Por ejemplo, una parte del preconciente del sujeto se construye con el trabajo del preconciente de la madre. Se podría retomar a propósito de la segunda tópica lo que concierne a las instancias. Por ejemplo, la forma como los ideales colectivos intervienen para administrar los ideales de cada uno.

Ahora quisiera articular a estos desarrollos la pregunta que me plantearon ayer sobre la bidireccionalidad de la energía psíquica.²

Pregunta 4

De hecho se trata de dos preguntas que están muy ligadas una a la otra.

a) La primera alude al concepto de alianza inconciente que usted propuso el martes³ como una nueva categoría.

² Un día antes había tenido lugar la conferencia «Pulsión e intersubjetividad», que publicamos en nuestro número anterior. Al final de la conferencia se le planteó al Dr. Kaës la cuestión que ahora propone retomar, por lo que se relee aquella pregunta. [N. de E.]

³ Referencia a la conferencia «La perspectiva vincular en psicoanálisis».

para una reformulación de la metapsicología psicoanalítica. Recordando que usted la había definido como una formación psíquica intersubjetiva, ¿cuál sería la relación de alianza inconciente con el concepto freudiano de investidura (*Besetzung*)? Para Freud, la *Besetzung* es una forma de energía unidireccional (quiero subrayar esto), que desde el ello o el reservorio energético, inviste una representación o un otro. ¿La alianza inconciente es un conjunto de investiduras? ¿Moviliza otro tipo de energía psíquica, primariamente bidireccional?

b) La segunda pregunta lleva esta problemática al campo de la pulsión. ¿Tendría una pulsión social o gregaria una energía y una modalidad diferentes a las que movilizan las pulsiones descritas por Freud? En efecto, la pulsión, según Freud, es un recorrido unidireccional desde el sujeto a ciertas representaciones. En su opinión, ¿existirían fenómenos intersubjetivos que movilizarían energías primitivamente bidireccionales donde no se puede distinguir claramente una fuente y un objeto? Pienso sobre todo en la pareja y en la relación madre-hijo. Finalmente, a partir de la noción de una tercera tópica, teniendo en cuenta un inconciente ectópico, ¿no habría fenómenos intersubjetivos que van más allá de la explicación de la hipótesis pulsional, incluso en su versión más amplia?

René Kaës

Ayer no pude comprender bien hasta qué punto su pregunta estaba en el centro del debate. Al releerla y asociar sobre sus preguntas, entendí mejor dónde estaba el debate con relación a Freud. Creo que entendí mejor por qué J. Laplanche no acepta mi posición sobre el apuntalamiento, porque él continúa con la teoría de 1905 y que ésta es una teoría unidireccional. Ahora bien, los desarrollos ulteriores

sis. Algunas reformulaciones metapsicológicas a partir de las prácticas psicoanalíticas plurisubjetivas», publicada en esta Revista, Tomo XXII, N° 2, 1999. [N. de E.]

de Freud respecto del apuntalamiento de la pulsión implican los aportes de 1910, principalmente las investigaciones sobre el trastorno de la visión, y todo lo que se agregó luego en 1915, y en especial la introducción de la noción de desamparo fundamental. En un artículo publicado en 1984, propuse la hipótesis de un doble apuntalamiento de la psique. En aquel momento no se me ocurrió pensar esta cuestión en términos de energía pulsional primitivamente bidireccional. Creo estar de acuerdo con esta perspectiva, se trata de una concepción a la vez post-freudiana pero de la que Freud, lo mantengo, tiene la intuición cuando da vida ante nosotros a esta escena de la satisfacción del bebé sobre las rodillas de la madre y de la madre misma satisfecha por la satisfacción del bebé. Esta escena prefigura los desarrollos ulteriores de Freud sobre la extensión del modelo del apuntalamiento, inicialmente utilizado para construir el concepto de pulsión. Es lo que intenté sostener en mi conferencia de ayer, y antes con el concepto del doble apuntalamiento de la pulsión.

La primera pregunta que usted me plantea concierne al concepto de alianza inconciente. En efecto, construí el concepto de alianza inconciente en continuidad con mi concepción del apuntalamiento, pero también apoyándome en el concepto de contrato narcisista, tal como lo propone Piera Aulagnier para dar cuenta de un conjunto de investiduras recíprocas entre el conjunto y el sujeto. Pensé que esta conjunción de investiduras recíprocas es la condición necesaria para la formación y el desarrollo de la vida pulsional, de la vida fantasmática y de los procesos constitutivos del inconciente. Esta es la respuesta a su pregunta y le agradezco haberla recentrado desde un punto de vista metapsicológico, de una manera mucho más precisa. No sé si está de acuerdo o no con la respuesta que le doy. Eso puede ser un debate.

Pregunta 5

En *El grupo y el sujeto del grupo* usted plantea tres hipótesis con relación al inconciente. La tercera hipótesis

propone al grupo como lugar de producción del inconciente en razón de la relación con las exigencias propias del conjunto en cuanto tal. Quisiera saber si prosiguió desarrollando esta proposición en lo que respecta a la especificidad del inconciente.

René Kaës

Bueno, para dar una respuesta a esta pregunta necesitaba todo el desarrollo anterior. Sí, puedo dar algunas precisiones acerca de la idea del grupo como lugar de producción del inconciente. Debo poner el acento en las exigencias de represión, represión del deseo del asesinato del padre y de los hermanos, en las exigencias de represión estructurante, en cuanto a la prohibición de la realización incestuosa y en cuanto al renunciamiento a la realización directa de los fines pulsionales. Cito aquí a Freud en «El malestar en la cultura». Por lo tanto, vean cómo la pulsión vuelve otra vez como una cuestión sobre la que el conjunto tiene un derecho de investidura, en la forma del renunciamiento impuesto. Entonces, al lado de las exigencias de represión, hay exigencias de renegación y de desmentida y vi que en la revista de ustedes publicaron el artículo de Marie Thérèse Couchoud, que habla precisamente de una situación de terapia madre-hija en la que lo que no está reprimido, o bien, lo que está renegado en la madre aparece en forma de delirio en la hija, manteniendo una y otra una alianza inconciente para garantizar el estatuto conjunto de la renegación y de la represión.

Pregunta 6 (dos preguntas)

a) ¿Puede el vínculo crear nuevas marcas ligadas a lo que es originario, por ejemplo establecer la represión primaria cuando ésta es deficitaria en el sujeto?

b) En muchos casos, en personas que han sufrido traumas de origen social, sobre todo los ligados a la represión política durante la dictadura militar, se pueden

observar patologías personales y vinculares veinte años después de vivida la situación traumática. El análisis de este tipo de situaciones muestra que lo que fue forcluido o renegado en aquel momento y los vínculos que estuvieron sometidos a un pacto denegativo («de eso no se habla»), reaparecía tanto en la vida de las personas que fueron afectadas directamente como en la de sus hijos mediante síntomas y conductas que indican la presencia de lo que no pudo ser dicho. Hemos tenido ocasión de observar la conducta de silencio sobre los hechos que habían vivido que asumían las personas que acababan de sufrir en forma directa una situación represiva muy traumática. A veces nos quedábamos perplejos ante ese silencio a propósito de lo que suponíamos se debía hablar. En el momento mismo del mecanismo de desmentida o de renegación donde se instala el silencio, ¿es un momento conciente en que se decide ocultar lo que resulta intolerable para el yo? ¿Cuál sería entonces el mecanismo intrapsíquico en juego?

René Kaës

Me parece que estas dos preguntas están ligadas y por lo tanto voy a intentar responder evocando, pero solamente evocando, el interés del trabajo del grupo con los psicóticos. Esto plantea precisamente la pregunta, ¿en qué el trabajo del grupo tiene una pertinencia particular en las experiencias de ruptura de la membrana de paraexcitación tales que el yo y la parte preconciente del yo se encuentran desorganizadas de tal modo que precisamente la vida pulsional está hiperexcitada sin ligazón con un objeto o reducida a lo inerte, anonadada? Me parece que en efecto el grupo está precisamente en condiciones de proporcionar la función de paraexcitación de suplencia y relaciones identificatorias que acompañan a la formación de las funciones de paraexcitación o que las reparan en la medida en que está sostenido desde afuera y en que la pulsión de muerte que llega a arrasar al aparato psíquico no es contrarrestada por el aparato paraexcitador externo. Pienso que la utilización de situaciones de grupo, y más particularmente ese

tipo de grupos como el psicodrama psicoanalítico, es un instrumento notable en el tratamiento de esas renegaciones, de esas desorganizaciones del aparato de simbolización, del aparato de pensamiento debido a que el psicodrama propone desplazar sobre la escena de un juego (voy a hacer un juego de palabras en francés) el espacio donde el yo puede reconstituirse.⁴ Para retomar la pregunta que atañe a los traumatismos de origen social, aunque no en la experiencia argentina, estoy familiarizado por diferentes dispositivos con situaciones análogas, principalmente en las últimas guerras europeas, y por lo que vivió mi generación durante la guerra de Argelia, y porque mi generación, siendo yo niño, vivió también la segunda guerra mundial, la desaparición o la reaparición de los que habían sido enviados a los campos de concentración. Efectivamente, esta necesidad interna de una generación de silencio es notable en todas esas situaciones. ¿Por qué? Hay sin duda varias razones. Quisiera dar una que aparece a menudo en la clínica y que está ligada a «perplejo», a la perplejidad. Yo utilizaría un término aún más fuerte en mi contratransferencia. Cuando trabajo en situación psicoanalítica de grupo en el que se utiliza el psicodrama para elaborar situaciones traumáticas, regularmente en la transferencia yo soy el asesino, soy la madre mala, soy el que tortura y soy el que es convocado a hacer una alianza de silencio con los que vivieron esta experiencia traumática, a la vez para protegerme y para protegerlos para que esta experiencia de contacto con la experiencia traumática no sea nuevamente destructora. Debo asumir la responsabilidad de toda la carga traumática, la carga de la investidura, de la contrainvestidura traumática que, en cierta manera es una carga desligada de la palabra. Debo tomarla en mí, hospitalizarla y esperar los sistemas de representación desplazados que van a permitir proporcionar representaciones utilizables o no. Pero algo habrá sido dicho en el desplazamiento por el juego, por la figuración, por el trabajo de puesta en figurabilidad, en lo que consiste esencialmente el trabajo del psicodrama en su ligazón con la palabra. El psicodrama es

⁴ Se refiere a la homofonía entre «jeu» (juego) y «Je» (Yo). [N. de la T.]

el relato de un sueño y para que este relato de sueño se produzca, es preciso que la experiencia traumática no produzca una pesadilla; la condición para que el sueño exista es que las implicaciones traumáticas de la sexualidad y las implicaciones traumáticas intrapsíquicas y de todas las formas de la sexualidad hayan sido superadas por una simbolización primaria en la que el sueño puede entonces operar. Lo que falta a esta generación son las herramientas de la simbolización primaria. Si intervenimos de una manera demasiado intrusiva, reforzamos, hay pues un tiempo de silencio que es psíquicamente necesario para la elaboración ulterior. Y a todos nos resulta difícil soportar esto porque quisiéramos que las víctimas protestaran inmediatamente y porque quisiéramos nosotros mismos ayudarlos a trabajar lo que estaba en juego. Cuando se trata de un trauma colectivo, ¿en qué relación está el problema psíquico con el problema político? La dimensión política tiene quizás interés por razones políticas en que el necesario proceso psíquico produzca silencio. Pero si somos intrusivos en el campo psíquico ¿qué es lo que posibilitamos para la generación ulterior? Esta es una cuestión que corresponde a la forma como se articulan los tres espacios.

Pregunta 7

¿Ampliaría el concepto de la función represora del porta-palabra en los mecanismos de renegación y forclusión?

René Kaës

He contextualizado la pregunta con relación a lo que acabo de decir. En el modelo de Piera Aulagnier, la segunda función del porta-palabra es efectivamente una función organizada para el advenimiento de la represión. La madre aporta las palabras de las prohibiciones estructurantes. Evidentemente, sólo puede aportarlas si ella misma está en relación con la metáfora paterna. Entonces, en efecto, cuando esta segunda función no se produce, la palabra materna

sostiene la renegación, es decir la creencia en la renegación de la castración. Bueno, ésta es una respuesta relativamente clásica. ¿Qué podemos hacer con esta pregunta en la situación que acaba de ser evocada hace un instante a propósito del trauma? No tengo una respuesta muy compleja, pero indico simplemente que puede ser útil referirse a una palabra que sostiene la renegación cuando esta palabra es intrusiva y por lo tanto no permite la represión. Bueno, eso es una línea de investigación que, con relación a lo que se dijo, supone que el trauma no sea el trauma del sujeto traumatizado y no sea captado por quien lo trata. Aquí rindo homenaje al trabajo de Janine Puget y Wenders sobre los mundos superpuestos porque se puede incluir en su problemática esta cuestión de la elaboración del trauma.

Pregunta 8

A menudo usted utiliza, además de los conceptos tradicionales de «representación de cosa» y de «representación de palabra» [*«représentation de mot»*], el de «*représentation de parole*». En una entrevista publicada en 1992 en Buenos Aires usted indicó al respecto que el hecho de hablar, el hecho activo de hablar, tiene un efecto movilizador y de transformación de la representación de cosa y de la representación de palabra, y entre esas diferencias, está el fenómeno de representarse y decirlo. ¿Podría explicar en qué consiste esta *représentation de parole* y de qué manera el hecho de hablar moviliza y transforma las representaciones de cosa y de palabra? La *représentation de parole*, ¿se organizaría según las leyes del proceso secundario o más bien se organizaría como los procesos terciarios, tal como los propone A. Green, es decir como procesos de puesta en relación entre procesos primarios y secundarios?

René Kaës

Gracias por esta pregunta, es central en la epistemología del psicoanálisis y en los modelos de referencia de la con-

ducción de la cura. Para Freud la palabra *MOT* [palabra-término] tiene dos estatutos diferentes. En primer lugar, se trata de designar ese tipo de representación que une la cosa a un símbolo y que separa la cosa de la palabra. Hay otra problemática de la palabra [*parole*] en Freud que es la del acto de palabra, la del hecho de hablar y no simplemente de tener un sistema de significación. El primer estatuto de la palabra [*parole*] en Freud, encuentra en Saussure un modelo lingüístico que el psicoanálisis vía Lacan pudo trabajar de una manera interesante. Pero existe otro modelo de lingüística que permite dar cuenta del otro estatuto de la palabra [*parole*], el que está más bien ligado a las investigaciones de Bakhtine, donde se trata del hecho de hablar, del acto intersubjetivo de hablar que evidentemente incluye el estatuto de la palabra-término [*mot*] como distancia con relación a la cosa y que por lo tanto pone el acento en la palabra dirigida a alguien, a un otro de un otro (siendo el analista el mediador del otro del otro). Esta palabra dirigida es una palabra que produce efectos, apunta a producir efectos. Es una palabra ACTO. Porque es una palabra ACTO, es el nivel donde en la cura aparece la motricidad, que es un componente del preconciente. Por lo tanto, lo que justifica una distinción entre palabra-término [*mot*] y palabra hablada [*parole*] son los movimientos musculares de la fonación, la aplicación corporal de las huellas mnémicas, la transferencia y el dirigirse de la palabra. Podemos tener una intuición inmediata de estas distinciones cuando en el diván uno se cuenta su sueño a sí mismo: ¿produce esto los mismos efectos que cuando uno cuenta su sueño al analista? En efecto, las representaciones de palabra hablada corresponden con precisión a lo que Green llama los procesos terciarios, que son justamente procesos que articulan lo primario y lo secundario, pero creo que por mi parte prefiero articular las representaciones de los actos de palabra con la transferencia. Lo proferido implica un tono, un estilo, un dirigirse que lleva la huella de la forma como hemos recibido la palabra, como hablamos con el porta-palabra.

Pregunta 9

Su idea del apuntalamiento en el otro, en el grupo, ¿amplía o transforma el concepto de la transferencia? En ese caso, ¿qué consecuencias tendría esto en la clínica, la técnica, la teoría y la metapsicología de los vínculos?

René Kaës

En ese caso creo que se trata de procesos diferentes sobre los que se puede establecer una relación. La transferencia es clásicamente la reactualización de las escenas de relación con los objetos de la sexualidad infantil, es también una reestructuración y se puede decir además que también es una invención, una creación de lo que no pudo constituirse. Estos tres aspectos de la transferencia son diferentes del proceso del apuntalamiento. Ya hemos dicho algo sobre el apuntalamiento. Lo que podemos decir es que la transferencia es particularmente difícil cuando hubo una falla en el proceso del apuntalamiento y volveremos sobre el problema del co-apuntalamiento, del apuntalamiento recíproco y de la bidireccionalidad. Cuando se produce una falla en esta constitución de la pulsión, podemos esperar efectos en la transferencia, pero se trata de dos procesos que tienen consistencias y finalidades diferentes.

Pregunta 10

El trabajo del preconciente tal como usted lo describe en sus últimos trabajos, ¿considera la posibilidad de una transformación al nivel de la fantasía inconciente, en cuanto a un incremento de la complejidad estructural, sin la necesidad de llegar a la adquisición de conciencia? ¿Puede haber crecimiento psíquico sin que lo inconciente se haga conciente?

René Kaës

Ya he hablado del trabajo del preconciente. Estoy de acuerdo, no puede haber crecimiento psíquico sin que una parte del inconciente devenga consciente por el trabajo del preconciente; pero el crecimiento psíquico implica además que todo no devenga preconciente y que todo lo que es preconciente no devenga consciente. Estoy seguro de que los artistas están de acuerdo conmigo. Pero quizá también los psicoanalistas...

Pregunta 11

En *El aparato psíquico grupal* usted trabajó el concepto de representación social, ligado a la organización de las representaciones psíquicas y a las fantasías. Luego, aparentemente abandonó este concepto. Este ha sido y es incluso hoy trabajado a partir de orientaciones psicoanalíticas. ¿Considera entonces que los conceptos de representación social y de sistemas sociales de representación ya no son necesarios en su teoría, dado que quedarían subsumidos en el concepto de organizador sociocultural y de organizadores de la representación?

René Kaës

En cuanto a las representaciones sociales, ya no he recurrido a esta problemática en la medida en que se trata de un concepto de la psicología social, que no da cuenta de los componentes inconcientes de esas formaciones. Pero está claro que a lo que apunta esta noción de representación social no debe excluirse del campo de la investigación psicoanalítica: en la medida en que este concepto permite dar un contenido a los sistemas de representaciones comunes y compartidos y en que éstos concurren a la estructuración conjunta de la vida psíquica inconciente y de la organización sociocultural, conservo esta noción, con la condición de reconstruirla en el campo del psicoanálisis. Por

ejemplo, me he interesado mucho en la función del cuento en el trabajo psíquico y en la función del cuento en el funcionamiento de los grupos. Escribí varios artículos sobre el modo como el cuento es utilizado como apoyo del trabajo del preconciente, es decir, para mencionarlo rápidamente, sobre esas formas de figuración y de pre-simbolización en las que puede apoyarse un proceso de simbolización intrapsíquica. En 1980 escribí un libro sobre la ideología. En esta obra estudio cómo se constituye la ideología en el campo intersubjetivo y cómo funciona según lógicas y procesos distintos, pero no obstante articulables. No trabajé la ideología en el campo político porque primero quería establecer los conceptos en los campos que conozco mejor, sobre la base de la cura individual y del trabajo psicoanalítico en situación de grupo. También hice una investigación sobre la utopía, y la estudié como género filosófico, sistema social y construcción psíquica. La clínica en la que construí mis análisis fue principalmente la de los niños, los adolescentes y los adultos en grupo. En todas estas investigaciones, ¿qué es lo que me interesa? Son las predisposiciones significantes utilizables en la función interpretante que esos sistemas de representación sociales (y culturales) aportan al sujeto. Este puede utilizar ese «yahí», ese «tesoro de los significantes», como decía Lacan en el Congreso de Roma, ya sea para abrir la vía del inconciente hacia el preconciente o del preconciente hacia lo conciente, ya sea para cerrar esta vía. Es así como la ideología garantiza dos funciones principales: una función estructurante y una función alienante. De todos modos, la ideología siempre tiene que ver con la omnipotencia de la idea. Por lo tanto, tiene como correlato su puesta a prueba de la castración: la ideología siempre tiene que ver con el ideal, es el discurso del ideal en tanto éste asegura una función unificadora en el grupo y por lo tanto, como el mito, la ideología tiene una función identificante. La ideología tiene también una relación con el ídolo, es decir que la ideología es una «ideología», una «idea-logía» y una «ido-logía». De estos tres discursos está hecha la ideología. Atraviesa el campo intrapsíquico, interpsíquico y transpsíquico. Estas formaciones colectivas y principalmen-

te la ideología tienen una función particular en todas las situaciones donde las rupturas, los derrumbes, no se pueden elaborar como crisis; en ese caso juegan una función de sutura. La ideología, al dar una respuesta por adelantado a la cuestión de la causa, supone por anticipación la crisis resuelta. Por lo tanto, viene a funcionar en la renegación cuando los ideales están amenazados, cuando el ídolo o el fetiche no ha cumplido su función. El trasfondo del desarrollo de la ideología alienante es la insuficiencia de la función paterna en su aspecto estructurante. Cuando un discurso ideológico se instala de esta forma, y cuando organiza los pensamientos y los ideales de tal modo que éstos se alienan en la omnipotencia de la Idea y del Idolo (del fetiche), los que sufren la ideología o se autoalienan en ella, tienden a responder simétricamente por efectos de idealización, de omnipotencia de la idea, y de fetichización en su propio grupo o a través del jefe que lo representa.

Pregunta 12

Usted desarrolla la idea de los conjuntos transubjetivos, de los pactos denegativos y de las alianzas inconcientes. Estas ideas nos son muy útiles en la comprensión de los procesos psíquicos y en el psicoanálisis extramuros. Entendemos que inscribe estas formaciones, en ciertos casos, en el concepto de negatividad. Dado que este concepto está impregnado de la filosofía de Hegel, ¿no piensa que esto fuerza al psicoanálisis hacia un modelo filosófico idealista que no es necesario para comprender las ideas que usted propone?

René Kaës

¿Cómo el concepto de negatividad puede estar impregnado por una filosofía, y principalmente por la filosofía de Hegel? Su pregunta obliga a pensar precisamente la relación entre la elaboración psicoanalítica y una *Weltanschauung* totalizante. Lo propio de Hegel es justamente

haber roto las bellas totalidades. Creo que se puede hablar de negatividad y de negativo en el campo del psicoanálisis sin necesariamente correr el riesgo del idealismo. Debo responderle rápidamente sobre este punto: la problemática psicoanalítica de lo negativo se construyó en primer lugar a partir de la clínica y sobre las elaboraciones de Freud, sobre el rechazo, la negación, sobre la renegación y sobre el clivaje. Pienso particularmente en el análisis que Freud hace de la *lengua fundamental* de la fantasía en el análisis de Schreber y de las diversas maneras de contradecir la proposición central de la homosexualidad masculina. La construcción psicoanalítica de la categoría de lo negativo se apoya sobre los trabajos ulteriores, post-freudianos, que se centraron en la elaboración de la falta en la alucinación negativa. Me parece que ninguna de estas categorías de lo negativo está particularmente marcada por el hegelianismo. Pero es verdad que el hegelianismo, que marcó a Lacan, se vuelve a encontrar en ciertas utilizaciones de la noción de negativo en psicoanálisis. En lo que a mí respecta, no creo que Hegel esté presente cuando hablo de la negatividad. Pero nunca se sabe, ¡voy a releer lo que escribí sobre la negatividad!